

XXIV Congreso Nacional de Estudios Electorales

Sociedad Mexicana de Estudios Electorales

Zacatecas, México, 6-8 de noviembre de 2013

Título de la ponencia

Los efectos de la “bipolaridad” del PAN en el contexto legislativo.

Autor:

Dr. Víctor Alarcón Olguín.
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa
alar@xanum.uam.mx

Resumen

Dentro de los episodios que han caracterizado a la división existente dentro de las facciones que han disputado el poder dentro del Partido Acción Nacional después de su salida de la presidencia de la República, el desarrollo del Pacto por México y la pugna entre el liderazgo partidario y los coordinadores parlamentarios han sido los episodios que más se destacan por su intensidad y consecuencias mismos que inclusive han amenazado provocar con una ruptura que pondría en riesgo a la propia viabilidad del propio partido situación que no se había vivido con tal nivel de intensidad desde la crisis de principios de los años noventa del siglo pasado. ¿Qué tan distintiva y profunda es la pugna actual o bien es un capítulo más entre los grupos surgidos al calor del ejercicio del poder durante los dos sexenios comandados por los panistas?

Observación: Texto sólo para discusión. No citar sin el permiso expreso del autor.

Introducción.

El Partido Acción Nacional (PAN) fue el partido gobernante en México entre 2000 y 2012, un puesto que detentó después de una prolongada lucha en la oposición política durante el pasado siglo XX, y que se interrumpió con su derrota y relegamiento al tercer lugar en los comicios del 2012, pese a que en los hechos, el PAN tuvo que gobernar limitado por el Partido Revolucionario Institucional (PRI) organización que nunca estuvo ausente de los espacios de gobernabilidad, en tanto poseyó el control de una mayoría consistente de los ejecutivos locales (hoy siendo ésta de 20 de las 32 gubernaturas), además de conservar una capacidad alta de veto con el control de los respectivos congresos estatales y un enorme caudal de recursos que se contraponen a las facultades y finanzas provenientes del plano federal.

Pese a sus triunfos y el crecimiento de militantes acumulados durante los últimos quince años, el PAN experimentó una condición de “gobierno dividido” a lo largo de este periodo, ya que ni en el mandato de Vicente Fox Quesada (2000-2006) como el de Felipe Calderón Hinojosa (2006-2012), se vieron respaldados con un apoyo mayoritario que les permitiera controlar ambas cámaras del Congreso de la Unión, si bien dispusieron de una importante cantidad de escaños (logrados primero en coalición con el Partido Verde, agrupación con la que justamente se había aliado en el año 2000, pero cuyo vínculo se rompería al año siguiente, en tanto éste último no obtuvo de los panistas los espacios de gobierno que pretendían).

Lo anterior obligó consecuentemente a continuar una interlocución ya existente desde 1988 en materia de la generación de acuerdos legislativos con el PRI, a partir de la presencia de un híbrido de gobierno conocido coloquialmente como el “PRIAN”, el cual nunca ha tenido un consenso pleno dentro del propio panismo, si bien ha sido una tendencia dominante que marca uno de los ejes estructurales en la identidad programática del mismo, por cuanto el esquema colaboración / confrontación ha sido un factor importante para marcar su actuación gubernamental y legislativa. (Hernández Vicencio, 2009)

Este escenario se explica sobre todo por los elementos de diseño institucional que obligan justamente a desarrollar la cohabitación legislativa desde 1996, en tanto ningún partido por sí solo puede poseer más del 60 por ciento de los escaños (300 de 500) dentro de la Cámara de Diputados, cuestión que afecta específicamente a los procedimientos de aprobación de reformas en materia constitucional, en virtud de que se necesitan un umbral del 66% de los votos, haciendo entonces que al menos una segunda fuerza esté en condiciones de pactar para dar paso a dicho tipo de aprobación.

Adicionalmente, las posibilidades para alentar la formación de mayorías se han complicado, en virtud de que los electores han venido construyendo una repartición a tercios de las preferencias expresadas en las urnas, provocando igualmente que ningún partido haya podido beneficiarse de la llamada “cláusula de gobernabilidad”, la cual premia con los escaños adicionales que permitan llegar hasta los 251, a aquel partido que posea al menos 167 triunfos en los llamados distritos uninominales y tenga por lo menos un nivel de votación de 42.2%. De esta forma, el PAN se vio reducido en sus capacidades de promover un auténtico programa de transición y con reformas estructurales acordes con las

perspectivas de su programa de acción y sus plataformas electorales, lo cual tampoco pudo enmendarse en el marco de llamado a los electores durante las llamadas elecciones intermedias, las cuales tanto en el 2003 como en el 2009, dieron pauta a un incremento de votación para el PRI y el Partido Verde, así como tampoco pudo retener el impulso favorable que había experimentado para consolidar un realineamiento electoral dentro de los procesos de elecciones estatales. Como lo han destacado autores como Lawrence Whitehead, la rigidez cultural y operativa del modelo presidencial mexicano lo coloca con limitaciones y previsiones que hacen muy compleja y lenta la posibilidad de acuerdos eficaces entre los propios poderes, pese a las reformas realizadas a lo largo de los últimos años en cuanto a empoderar a las instancias judicial y legislativa (Whitehead, 2011)

Como resultado de lo anterior, el PAN se vio obligado a trabajar dentro de este contexto restringido, a la vez que ello le llevó a valorar en ocasiones la posibilidad de buscar estrategias de contrapeso y alianzas ya durante el sexenio calderonista, con actores como el Partido de la Revolución Democrática (PRD), colocado a la izquierda del espectro ideológico), pero sobre todo con el Partido Nueva Alianza (PANAL), cuya orientación es de corte liberal cuenta (pese a su condición minoritaria) con una importante base de poder sustentada con la militancia y el control corporativo que se realiza desde el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), significando con ello una red con más de un millón de agremiados presente en todo el territorio del país, misma que le ha permitido generar una capacidad de negociación como “partido bisagra”, colocando sus votos entre el PAN y PRI, según sea el tipo de beneficios negociados (tanto en escaños legislativos como en cargos administrativos) por parte de los candidatos a ser apoyados por éste tanto en los niveles federal como estatal.

Calificado como la *oposición leal* durante buena parte del periodo autoritario (Loeza, 2010), los elementos configurativos del PAN (especialmente en lo relativo a su composición social, su doctrina y sus estrategias de acción) han sido determinantes para entender a su vez su larga presencia en el escenario político (en tanto fundado en 1939), su concurrencia permanente dentro de las contiendas electorales (con excepción de 1976), además de sus pautas de adaptación y crisis en el marco de sus luchas internas, especialmente las que se han sucedido con su llegada y ejercicio del poder presidencial, mismas que ahora son las que terminaron por provocar su derrota y su caída hasta el tercer lugar de las votaciones federales.

Partiendo de estos antecedentes contextuales, el esquema de análisis que se desea proponer para abordar el estudio del desempeño reciente del PAN durante su etapa al frente del poder político en México, procurará hacerlo desde tres importantes vertientes de la literatura politológica: a) la que aborda la llamada relación gobierno-partido (*party-government*), misma que establece los patrones de interacción y dependencia entre el titular del Ejecutivo y los liderazgos partidarios, a partir de los niveles de autonomía y control que se manifiestan entre ambas instancias; b) la que analiza el enfoque de la “adaptación organizativa” que no sólo define los problemas de crecimiento numérico y la penetración territorial en espacios de poder o militancia, sino especialmente en términos de construcción y permanencia de las bases de distribución en la coalición de poder que maneja las estructuras de dirigencia partidaria; y c) la que se interesa en revisar los problemas asociados con la evaluación y actuación del partido en el ejercicio del poder,

ubicando los indicadores concretos del desempeño legislativo y / o gubernamental que explican dicho fenómeno, y que sirvan para definir las rutas plausibles que toman los partidos justamente a partir de que se produce su caída, expresados en los escenarios de escisiones o que produzcan incluso la desaparición de dicho partido, en tanto no puedan establecer los elementos internos de predominio u hegemonía en el control partidario, en virtud de que sus procesos de desinstitucionalización ya no pueden ser remediados. Cada uno de estos aspectos se verá a la luz de la historia reciente del PAN, justo en el marco de la alternancia y su actuación específica en los espacios parlamentarios, en los de gobierno y de su vida interna.

La conjunción de estas tres dimensiones antes señaladas sin duda nos permitirá tener un cuadro del conjunto lo más representativo posible, con la idea de argumentar como hipótesis interpretativa del caso que nos ocupa, que el PAN no pudo consolidar la profundización del cambio democrático en México, debido a que hubo obstáculos para romper con los elementos estructurales heredados del esquema autoritario, así como tampoco pudo redefinir con precisión su agenda y programa, lo cual produjo en ambos casos, que el PAN sustituyera el apoyo social de su militancia con burocratización; y consecuentemente que se viera forzado a desarrollar una política de alianzas electorales y pactos políticos confusa (la cual osciló entre el PVEM, el PRI, el PANAL y el PRD). De manera similar, el PAN fue incapaz para sustraerse a la corrupción y combatir eficazmente al crimen organizado, lo que además se expresó en una pérdida sustancial de independencia e institucionalidad del partido a manos mismas del Poder Ejecutivo, cuestión que se agudizará sobre todo en el sexenio de Felipe Calderón.

El descenso electoral del PAN se explica entonces en buena medida por el deterioro y desafección de la militancia, así como por la desconexión existente con el electorado en términos de una buena política de comunicación social. Paso a revisar en detalle cada una de estos factores, mismos que también nos permitirán captar con más claridad el fenómeno de fracturas y “bipolaridad” que enfrenta el PAN, especialmente ahora que una vez perdido el poder, se encuentra en constante pugna por definir el alcance de sus acciones, las cuales no han tenido consistencia ni profundidad en el marco legislativo.

I. La bipolaridad panista antes de la alternancia.

Uno de los dilemas estratégicos y estructurales que comenzó a experimentar el PAN durante los años noventa del siglo pasado fue redefinir su papel como factor de cambio a partir del impulso que venía logrando gracias a los votos que los había fortalecido en muchas regiones a raíz del desarrollo de la crisis económica y el desplome del consenso interno sufrido en el PRI con la separación de los políticos tradicionales y los tecnócratas, mismo que se complicaría en 1988 por el polémico resultado generado en los comicios presidenciales y la posterior fundación del PRD, con lo cual el PAN tuvo ante sí la disyuntiva de seguir o apoyando la idea de promover un cambio pacífico u bien entrar en una aceleración de las estrategias de resistencia civil, tal y como las que les permitió una década antes el resurgimiento del partido como un referente de oposición política por aquellos que ahora se veían desplazados económicamente, y como producto de la crisis abierta en 1982 y el inicio de las acciones de ajuste y recorte del Estado, mismo que afectó

a pequeños y medianos empresarios, junto con importantes segmentos de clases media y populares. (Mizrahi, 2003)

De ser un partido esencialmente confinado a una argumentación marginal y crítica del régimen posrevolucionario y la modernidad sin democracia que había surgido como consecuencia del modelo priísta, se dio el paso a una amalgama de fuerzas de corte liberal construida alrededor de clases medias ilustradas; pero al mismo tiempo, se encuentran con la posibilidad de captar el interés de los grupos populares de extracción conservadora y católica. Debido a ello, el PAN comenzaría a tener una importante influencia alrededor de los sectores políticamente desplazados por dicho régimen, como las corporaciones empresariales, las iglesias e incluso algunos núcleos del ejército.

De esta forma, Acción Nacional pudo estar en condiciones de abanderar el surgimiento de un proceso importante de ciudadanía participación electoral y resistencia, el cual comienza a darse con la conquista de municipios a mediados de los años ochenta, especialmente en el norte del país. Tales avances provocaron incluso que los gobiernos del PRI llevaran a cabo la promoción de acciones directas de fraude electoral, con lo que se daría inicio a las experiencias de movilizaciones de protesta y denuncias del PAN, mismas que llegarían hasta las instancias internacionales como la OEA y la CIDH, denunciando la violación de derechos humanos y políticos.

Lo anterior abriría un área de oportunidad al panismo de convertirse en un *partido de "concertaciones"* (fundado en la expectativa de obtener avances producto de la negociación directa con el régimen y que éste cediera a cambio de mantener la gobernabilidad), o bien persistir en una línea más intolerante (incluso cercana al resto de la oposición, especialmente el PRD) respecto a acelerar la caída del autoritarismo con base en la propia lucha electoral y parlamentaria, con la obtención de reformas dentro del sistema electoral y más espacios en las instancias de representación como el Congreso.

Colocados ante el dilema de avanzar vía el uso del pragmatismo u bien mantenerse en el espacio de un proceso más autónomo de corte cívico-democrático, la dirigencia panista experimentó una crisis de identidad en 1990-1991 con la presencia (y posterior salida) del llamado "Foro Doctrinario", un grupo de militantes que consideraba que el acercamiento del PAN al PRI (constatado en la decisión de reconocer como presidente en 1988 a Carlos Salinas de Gortari) implicaba una "claudicación" en los principios y valores históricos del partido.

En este sentido, el PAN superó un problema de adaptación organizativa sustantivo, cuya consecuencia fue el crecimiento de las victorias obtenidas en los ámbitos legislativos y municipales de alcance local, así como su avance (a veces no exento del uso de la protesta y la movilización que varias veces terminó en la abierta negociación con el PRI y el Ejecutivo ante la carencia de una auténtica instancia judicial para la resolución de controversias en torno a los resultados electorales) de triunfos en varias gubernaturas, como comenzó a acontecer a partir de 1989 con la victoria del PAN en el estado de Baja California. Dicho avance progresivo fue un contexto que nos hace ver que el PAN estableció en los hechos un proceso de coalición gobernante, lo cual motivaría a muchos a pensar en que la organización estaría en condiciones de disputar seriamente la presidencia,

como ocurriría en 1994, elecciones que el PAN mismo no supo o no quiso ganar, en la medida que su candidato Diego Fernández de Cevallos disminuye su actividad proselitista y el propio régimen alimenta un “voto del miedo” debido a los acontecimientos acontecidos tanto con la muerte del candidato presidencial del PRI, Luis Donaldo Colosío y el inédito levantamiento del movimiento indígena agrupado alrededor del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas.

Pero al mismo tiempo, el PAN logró ser un interlocutor confiable para avanzar en la reformulación del sistema electoral mediante negociaciones importantes en los años 1990-1991, 1993-1994 y 1996, mismas que permitieron consolidar el tránsito y abandono formal de la intervención directa del gobierno en los comicios, haciéndose con ello el beneficiario directo de la creación de un orden de competencia y reglas más acorde a un entramado de naturaleza democrático, con la ciudadanización plena de las autoridades electorales y jurisdiccionales. (Ard, 2003)

El crecimiento político del PAN implicó entonces que el partido entrara a una seria discusión asociada con su modelo organizativo en 1996, el cual requería introducir una profesionalización del mismo, a efecto de poder desarrollar una mayor penetración territorial, además de tener un esquema de capacitación a su militancia que le permitiera tener mecanismos permanentes en materia de organización de campañas y canales comunicativos regulares que fueran eficaces para promover la vinculación y permanencia del partido con la ciudadanía. Se puede afirmar que justo con la llegada al liderazgo partidario de Felipe Calderón (1996-1999), se dio un acelerado interés por consolidar el trazo político con el cual el PAN pudiera afrontar dicho impulso electoral, así como pudiera coordinar sus esfuerzos para avanzar en la conformación de una agenda de gobierno y de desempeño legislativo que fueran consistentes y asociados con su programa de acción y sus principios de doctrina, pero los cuales se encontraban inalterados desde hacia algunas décadas.

Sin embargo, la estrategia de profesionalización propuesta se ve contrastada con el surgimiento desde abajo y desde la periferia, del fenómeno comunicativo que sería Vicente Fox Quesada, quien inaugura el estilo de los liderazgos neopopulistas de derecha, sustentado justo en la imagen del líder empresarial nacionalista (aunque con una fuerte influencia en la imagen del “self-made man” americano) con tintes anti-estatistas, pero sobre todo, impulsando la imagen de la administración honesta y que ponga orden, siguiendo al efecto los esquemas de rendimiento y organización empresarial. Estos elementos se combinarían adicionalmente con la expectativa de un cambio que seguía sin poder darse por la continuidad del sistema priísta en el plano federal, pero cuya incapacidad para dar respuesta en materia de erradicación de la pobreza y una justicia efectiva seguían siendo el principal lastre a remontar.

De esta manera, la disputa por el control partidario mostró una dinámica de reacomodo que a partir de 1999 (cuando se introduce por vez primera el método de elecciones internas directas a la militancia, sustituta de las convenciones nacionales de delegados) abrió la brecha a dos corrientes predominantes: la *regionalista* (encabezada por Fox) y la *burocrático-tradicional* (encabezada justamente por Calderón). La evidencia de ello será a partir de entonces la búsqueda de equilibrios entre ambas tendencias a partir de intentar

seleccionar a direcciones nacionales que cumplan con la expectativa de su inclusión dentro del esquema de candidaturas y con base en el respeto a la creciente influencia de los gobernadores de aquellos estados que comienzan a convertirse en bastiones de votos para el panismo. (Shirk, 2005)

II. La bipolaridad panista durante la alternancia.

De esta manera, la negociación entre las corrientes tradicional calderonista y neopanista empresarial foxista se convirtió en el clivaje de poder concreto en el partido y tuvo un nivel de acuerdo que permitió llegar conjuntos a la elección presidencial del 2000, si bien después de ello, las líneas de diferendo en torno a la relación gobierno-partido fueron sustanciales en la medida que Fox se propuso formar un gobierno de coalición (incluso incluyendo a actores de la izquierda que lo habían apoyado bajo el esquema del “voto útil”) en la idea de dejar fuera a la corriente tradicionalista, misma que le comenzará a reclamar (pese a los esfuerzos conciliatorios del líder nacional Luis Felipe Bravo Mena) de que Fox no gobernaba a partir de los principios panistas, derivando en ello una álgida disputa por espacios a los que Fox tuvo que ceder a regañadientes, sobre todo a partir de su fracaso en las elecciones intermedias del 2003, que permitió el reacomodo del PRI en el control de gubernaturas y el Congreso. De manera específica, derivó en la inclusión de Calderón en el gabinete presidencial, aunque en una posición marginal, si bien éste se había tratado de colocar como un actor de negociación dentro del Congreso durante la primera parte de la gestión presidencial.

La relación gobierno-partido se volvió más tirante en función precisamente del giro de alianzas que el PAN comenzó a desplegar con ciertos actores disidentes del PRI (como lo era en ese entonces la líder magisterial Elba Esther Gordillo), lo cual le permitió sacar algunas reformas de relevancia, en especial la creación de diversos organismos autónomos como los vinculados a los temas de la transparencia (IFAI), género (INMUJERES) o acciones como la de promover el Servicio Civil de Carrera federal, por ejemplo. Sin embargo, el país seguía atrapado en la inercia de no contar con acuerdos en temas sustanciales como las reformas laboral o energética. De esta manera, aunque escasos en avances, Fox decidió (otros piensan que se vio obligado a negociar) a no alterar las políticas existentes en materia económica o de seguridad (sobre todo, por la carencia de cuadros dentro de este tipo de instancias que pudieran afrontar dicho manejo, sin tener que apelar a los heredados por el viejo sistema).

Hacia el final de su administración, Fox rompió la distancia entre el partido y el gobierno (forzado en mucho por su círculo interno) en la medida que intentó forzar el control de la nominación presidencial de su sucesor. Primeramente, con el proceso de la lucha por controlar la dirección partidaria en el año 2005. Meses antes, el PAN había tenido una ríspida reforma estatutaria interna, en la cual se destacó el papel que la corriente burocrática trató de impulsar para “blindar” la concesión de candidaturas e incluso el ingreso al partido, a efecto de minimizar la presencia hegemónica del foxismo. De esta manera, Calderón y su corriente vislumbraban la idea de presentarse a la contienda presidencial pasando primero por el control de la dirigencia, cuestión lograda con la alianza plasmada entre Calderón y Carlos Medina Plascencia, uno de los adversarios históricos de Fox, para que éste último

aceptara renunciar a ser aspirante presidencial y se inscribiera a la contienda interna del partido, para lo cual ya Calderón se había separado de su cargo público, en virtud de que Fox le solicitara no “adelantar” los tiempos en tanto había sido proclamado precandidato por el entonces gobernador de Jalisco, Francisco Ramírez Acuña.

El resultado de la contienda interna fue el triunfo para la corriente foxista (quien logró dicho cargo para Manuel Espino Barrientos) desactivando a los otros 2 candidatos alternos a Medina Plascencia (Juan José Rodríguez Prats y Alejandro Zapata Perogordo), mecanismo que se pudo hacer mediante la coacción con los miembros del Consejo Nacional, en tanto no es una elección directa a la base. Pese a la derrota, Calderón decidió mantenerse en la idea de competir y recorrer el país como candidato alterno al “status quo” dominante, trabajando con bastante ventaja, el acercamiento a los panistas de base, a falta de medios financieros para intentar competir mediáticamente contra la candidatura oficial, cuyo control a partir de los cargos públicos (si bien importante) no asegura una cantidad de votos esencial a partir de que los panistas de mayor militancia ciertamente estaban descontentos por justamente haber estado excluidos de las candidaturas y los espacios de poder.

Como respuesta, Fox (quien había sondeado la posibilidad de trasladar el poder a su esposa Martha Sahagún, aunque las encuestas no mostraron apoyo para ello), dio impulso a un candidato propio a las elecciones internas (Santiago Creel, entonces titular de la Secretaría de Gobernación) y posteriormente pactar con un sector de los gobernadores regionales quienes aceptaron colocar al ex gobernador de Jalisco, Alberto Cárdenas, como un candidato alterno, mismo que surgiría precisamente para tratar de contrarrestar la influencia local del gobernador Ramírez Acuña, quien como se indicó, fue quien dio el espaldarazo a las pretensiones presidenciales de Calderón. De hecho, Calderón avanzará en un triunfo contra todo pronóstico debido justamente al carácter directo de la votación y que la misma sólo se pactara para militantes activos y adherentes, eliminando la pretensión foxista de que ésta fuera convocando a toda la ciudadanía. (Alarcón Olguín y Granados Aguilar, 2008)

La derrota para Fox le obligaría entonces a pactar con la corriente calderonista y ello permitió colocar como jefa de campaña a Josefina Vázquez Mota, a efecto de poder garantizar una continuidad de su corriente, así como la no agresión y protección hacia Fox y su esposa (imputados ya de la comisión de actos de corrupción, mismos que siguen hasta la fecha sin ser plenamente esclarecidos). Adicionalmente, la ruptura y declive interno del PRI para las elecciones de 2006 y un clima de polarización marcado por el ascenso de la izquierda hicieron que el panismo tuviera un apoyo negociado con las facciones del PRI, mismos que le permitieron retener la presidencia, si bien de manera estrecha y condicionando con ello a una extensión de los pactos políticos construidos con dichas fuerzas,

De esta manera, el calderonismo inicialmente tuvo que construir un gabinete “neutro” en medio de una inoperancia legislativa que no le permitió avanzar en dicho terreno, por lo que se decidió hacerlo en el “frente interno”. Esto es, Calderón se lanzó a construir una mayor subordinación del partido, lo cual sin duda trajo consecuencias muy graves en tanto hacia el 2007, éste decidió desplazar al sector foxista y apoyarse en una coalición de poder en donde intentaría recuperar y reagrupar al ala conservadora tradicionalista, que hasta ese

entonces se había mantenido marginada tanto por Calderón como por Fox, representada precisamente por Diego Fernández de Cevallos, a quien incorporaría con allegados suyos en espacios importantes como la Secretaría de Gobernación o los espacios de seguridad. Los resultados de esta situación se darían también en la victoria de hacer renunciar al líder nacional Manuel Espino antes de la finalización de su periodo, y sustituido con Germán Martínez Cazares, a quien se encomendaría la misión de construir la mayoría legislativa que se necesitaba en el Congreso. Por otra parte se ajustaron los liderazgos parlamentarios y Calderón desplazó a Santiago Creel como coordinador senatorial, así como mandaría a Josefina Vázquez Mota (hasta ese entonces encargada de la Secretaría de Educación Pública) a la Cámara de Diputados, a raíz de los conflictos generados con el sindicato magisterial. (Alarcón Olguín, 2010 y 2011)

En realidad, Calderón trató de construir un esquema de comunicación con base en un equipo de actores cercanos que se articulaban precisamente en tres personajes primordiales: Germán Martínez a la cabeza del partido, Roberto Gil Zuarth y Gustavo Madero en el plano parlamentario, así como Juan Manuel Oliva como su interlocutor ante el bloque de gobernadores, pero lo más importante se concentraba en el contexto mismo de la Oficina presidencial, con personajes como Juan Camilo Mouriño, Gerardo Ruiz Mateos, Alejandro Poiré, César Nava, Ernesto Cordero, Alejandra Sota o Patricia Rodríguez Elizondo, que junto con actores de mayor edad como Juan Molinar Horcasitas, Alonso Lujambio u bien Juan Ignacio Zavala (hermano de su esposa Margarita), se configuraron en su “círculo interior”, pero cuya dispersión se dio precisamente en la medida en que Calderón los fue colocando en espacios de poder que finalmente alentaron su fractura entre ellos, cuestión que se reflejaría justo en las decisiones que impactaron sobremanera a partir de las decisiones difíciles que se tuvieron que tomar en espacios como el combate al narcotráfico y el manejo de la nueva crisis económica internacional que ha permanecido a partir de 2008, cuyos efectos reproducen a la inmovilización que había sufrido el foxismo después de los malhadados acontecimientos del 11 de septiembre de 2001.

La derrota electoral de 2009 hizo que Germán Martínez dimitiera reconociendo sus errores al frente de la conducción de la campaña de ese año, partiendo de la idea de que se podía estar en condiciones de romper con la dependencia tanto del PRI como del magisterio, cuyos costos eran altísimos y no habían producido mayor avance, pese a los acercamientos a la fracción priísta comandada por el senador Manlio Fabio Beltrones e incluso con el sector anti-obradorista en el PRD, comandado por la corriente Nueva Izquierda, y que incluso se plasmaron en el proyecto de alentar una ley para la Reforma del Estado, de la cual el producto más importante fue la reforma electoral de 2007-2008.

Sin embargo, la salida forzada de Germán Martínez propició que el PAN realizara un ejercicio encargado a una Comisión que presentara un diagnóstico sobre la situación del partido, cuyo resultado destacaría los siguientes problemas organizativos:

- Creciente indefinición ideológica y tendencia hacia la derechización excesiva que hace perder la posibilidad de avanzar en más entidades del país.

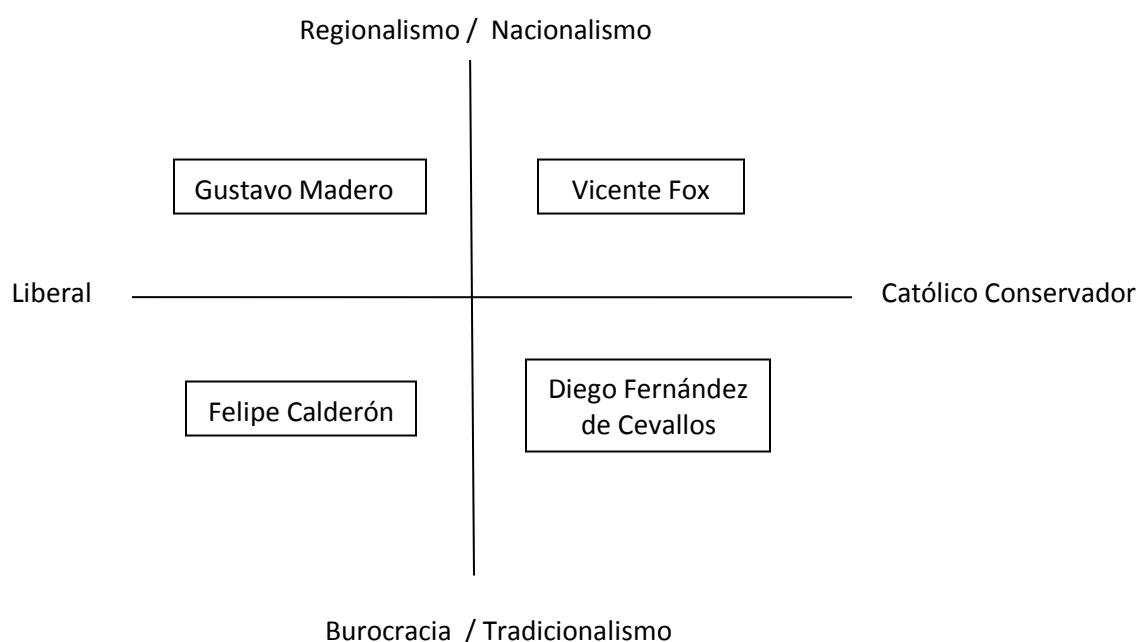
- Cambio generacional desaprovechado y reflejado en una militancia con formación cada vez más deficiente y poco comprometida con la trayectoria y valores del partido.
- Prácticas de reclutamiento básicamente sostenidas en la burocracia, lo cual ha venido a generar vicios en la relación partido-gobierno, los cuales afectan a los procesos internos del partido
- Faccionalismo y personalismo internos que han crecido sin controles eficaces.
- Corrupción que se expresa en una incapacidad para enfrentar al crimen organizado.
- Falta de crecimiento homogéneo a nivel nacional. Esto alienta un falso regionalismo de tratamientos diferenciados y donde hay la percepción de gubernaturas poderosas que poseen una autonomía poco propicia para garantizar procesos equitativos e igualdad de oportunidades al interior del partido..
- Hay carencia de estructuras de apoyo social. Acción Juvenil y Promoción Política de la Mujer son excepciones que hablan que el partido no se ha extendido para intentar captar a nuevos sectores organizados de la sociedad,
- Política de alianzas inconsistente t dependiente del partido respecto al PRI, PANAL y PRD
- Debilidad de los coordinadores en los grupos parlamentarios. Hay disciplina formal, pero en los hechos hay escasa cohesión y capacidad de liderazgo interno en ambas cámaras para apoyar la agenda presidencial.
- Reformas estructurales y políticas inconclusas que no han sido alentadas y que por tanto no presentan ningún impacto mediático hacia la ciudadanía, que percibe a un gobierno federal distante.
- Fuerte presidencialización y centralización del partido en respuesta a la ineficacia de los liderazgos parlamentarios y locales.

Con la llegada de César Nava como presidente sustituto del PAN, a efecto de completar hasta 2010 el periodo asignado a Germán Martínez, Calderón fue experimentando pérdidas y fisuras cada vez más significativas dentro de su equipo: la muerte de Juan Camilo Mouriño, quien había llegado a la Secretaría de Gobernación debido a la falta de avances logradas por Francisco Ramírez Acuña, y con ello la llegada de Fernando Gómez Mont (reconocido negociador pro-PRI) quien se enfrentaría con Nava (proclive a las alianzas anti-PRI) y a las cuales guió convenciendo a Calderón que un posible tercer mandato del PAN y de su corriente implicaba precisamente disminuir al poder del PRI en los estados, una estrategia que dio resultados importantes con el desarrollo de coaliciones con el PRD en el 2010 para arrebatarles 3 gubernaturas, pero que vulneraba originalmente a la firma de un pacto con el PRI de no hacerlas especialmente para el caso del Estado de México (bastión del naciente aspirante presidencial Enrique Peña Nieto). La renuncia de Gómez Mont y el golpeteo de escándalos crecientes en empresas públicas del sector energético (por donde justo había pasado Nava), hicieron que éste desistiera de presentarse a la sucesión del liderazgo partidario en 2010, con lo que la contienda se supondría abierta, si bien el foxismo y los sectores críticos del PAN permanecían bastante acotados, y con escasas condiciones de enfrentar al calderonismo. (Reynoso, 2011)

Sin embargo, la fractura interna se produce en el círculo interior, por cuanto eventos trágicos como el incendio de la guardería infantil ABC desplazan por ejemplo a Juan Molinar, u bien se producen anuncios como la intención misma de Roberto Gil Zuarth

(cuya cercanía con la corriente del PRI lo colocaba más cercano a los críticos de Calderón) decide desafiar la propuesta de consenso orientada hacia el líder senatorial Gustavo Madero y las negociaciones con la corriente de gobernadores, apoyado en la organización del foxismo, así como de los nexos generados con Josefina Vázquez Mota. La confrontación demandó incluso que la propia esposa del presidente tuviera que operar abiertamente dentro del Consejo Nacional para presionar e inclinar la balanza a favor de Madero, quien asumiría la presidencia del partido y por ende, tratar de construir las bases de la campaña presidencial panista del 2012.

Grupos de poder y clivajes panistas durante el sexenio de Felipe Calderón



Fuente: Elaboración propia.

:

En consecuencia, el círculo interno se dividía prácticamente en dos segmentos: en aquellos convencidos de estar cercanos al presidente de manera cerrada y acrítica, mientras un segundo sector de “defenestrados” estaban convencidos de buscar alternativas “post-calderonistas” (como las llamó Germán Martínez) de cara a la sucesión presidencial. Calderón mismo entendía que debía abrir el proceso, pero lo intentaría paradójicamente repitiendo el mismo error de centralizarlo como su antecesor Fox. En este caso, primero alentó a que se manejaran diversos nombres a efecto de ver las posibilidades de dichos actores, si bien se fue perfilando entre ellos la figura de Ernesto Cordero Arroyo, secretario de Hacienda, que si bien no tenía una trayectoria puntual dentro del PAN, se presentaba como una opción de “continuidad” ante la circunstancia de precandidatos menos viables. Así, dentro del círculo calderonista se fue forzando la dimisión de los mismos, para quedar sólo las opciones alternas del foxismo, como lo sería nuevamente Santiago Creel y en menor grado, la de Josefina Vázquez Mota, que terminó por convertirse en la abanderada

de los post-caldenornistas. De nueva cuenta, la definición de una campaña orientada hacia sólo los militantes del partido fue un factor favorecedor hacia las posibilidades de Vázquez Mota, quien terminaría por ganar la contienda en medio de una votación que implícitamente significaba la exigencia del panismo a Calderón de que era tiempo de dar un giro a sus políticas y presentar una imagen menos dura y plausible si se pretendía continuar en el poder.

Sin embargo, la negociación interna del PAN no fue exitosa, en la medida que la dirección partidaria no abrió canales adecuados para procesar nuevamente la selección interna de candidatos, además de que las fuerzas perdedoras inicialmente no fueron capaces de establecer un diálogo con Vázquez Mota, ni ésta aprovechó el impulso que le daba su campaña ganadora para negociar adecuadamente un acuerdo con el presidente Calderón en cuanto a tener una plena autonomía de imagen y programa (que incluso llegara al costo de reconocer e imputar errores a la gestión saliente, a efecto de mostrar un panismo de “cara lavada”, que fuera justamente congruente con su discurso de campaña basado en una auténtica “diferencia” respecto a lo generado hasta ahora. Por otra parte, la inexperiencia real y operativa de su equipo de campaña le obligaría a tener que buscar un acercamiento con Vicente Fox, quien sorprendentemente dio pasos para declararse simpatizante de la candidatura del priísta Enrique Peña Nieto, un hecho a todas luces inusitado y que afectaba sin duda la imagen de su proyecto. (Veledíaz, 2012)

A pesar de haber intentado una negociación inicial para tratar de reinsertar al ex presidente, éste exigió a Vázquez Mota tener un nivel de control importante en la conducción de la campaña, así como una ruptura explícita con el presidente Calderón, cuestión que no fue aceptada. Sin embargo, el resultado no fue mejor, en la medida que Vázquez Mota, ante el desarrollo de una campaña bastante incolora en sus niveles de penetración e identidad mediática, terminó aceptando la inclusión de los integrantes del calderonismo ortodoxo como los gestores de su discurso, lo cual implicó retomar los esquemas de campañas negativas hacia sus adversarios, pero paradójicamente ello implicó impedir que Vázquez Mota pudiera separarse de los elementos no funcionales del calderonismo, repitiendo así temas y propuestas en una plataforma electoral poco aterrizada y sin acciones puntuales que pudieran atraer al grueso de la población, bastante agotada por la guerra contra el narcotráfico, la falta de crecimiento y de oportunidades, particularmente entre los jóvenes, quienes a la larga se convertirían en uno de los grandes animadores de la campaña presidencial del 2012.

De esta manera, la derrota del PAN en mucho se cimentó precisamente a partir de la falta de un esquema consistente de adaptación organizativa que supiera responder no sólo a la demanda de una oferta ideológica situada más allá del conservadurismo y el liberalismo (una línea de tensión no resuelta y nada menor a decir de los propios panistas, y como lo demostró la propia candidata Vázquez Mota en temas complejos como apoyar la no criminalización del aborto, pese a que la línea del partido sigue siendo muy intransigente en torno al llamado derecho a la vida desde la concepción, por ejemplo. (Reynoso, 2012)

La lección mostrada por las elecciones del 2012, nos dice que el PAN sin duda representa a un segmento de centro-derecha que oscila entre sectores populares y de clase media, pero cuyas líneas nacionalistas de coincidencia se detienen justo en el espacio de la definición

sobre los alcances de nuevos derechos y libertades públicas. Sin duda, si bien el PAN pudo mantener en sus dos administraciones un control macroeconómico, del tipo de cambio y de la inflación orientado hacia el modelo exportador y de apertura comercial vigente, el hecho es que el país sigue siendo extremadamente dependiente de los recursos petroleros, presenta un sector público desarticulado y muy permisivo en materia de corrupción e impunidad, además de que no fue capaz de reconstruir patrones de consumo internos vinculados a la recuperación salarial de la población, ni tampoco ha podido detener la migración interna hacia los centros urbanos y hacia los Estados Unidos, signo del deterioro de una política exterior poco eficaz. En si mismo, la idea de un Estado muy limitado en sus capacidades y resultados nos indica que el PAN se fue desfondando y agotando como consecuencia de esa falta de conjunción y coherencia interna entre las acciones del propio partido y el gobierno. (Starr, 2012)

III. El presente “bipolar” del PAN después de la caída.

Visto a través de los lentes de la literatura existente acerca de lo que le acontece a los partidos gobernantes una vez que son derrotados, el PAN terminó por perder la presidencia debido a sus problemas de adaptación organizativa e ineficacia de gobierno, lo cual implica un claro mensaje de castigo por parte del electorado a la imposibilidad de presentar resultados óptimos en materia de seguridad, combate a la pobreza extrema y democracia plena. Resulta claro que el PAN no pudo trascender al esquema de cultura y reglas heredados del propio autoritarismo. (Paoli Bolio, 2012)

Las generaciones más jóvenes de primera o segunda elección en los pasados 3 años poseían pocos antecedentes respecto al pasado autoritario priísta y su crítica al sistema político en que viven la relacionan directamente con la ineficiencia propia del PAN, sin presuponer todo el camino de la transición previamente andado (cosa que desde luego no estaban en la obligación de limitarse a ello). El PAN pagó entonces una fatiga electoral y de gobierno dentro de la población similar a la que se acumuló en los años previos y que permitió la salida del PRI en la primera alternancia del año 2000.

Si bien debe asumirse que el PAN abandona el poder, un reto muy importante será valorar el grado de intervención y permanencia del propio Felipe Calderón más allá de su desempeño durante el periodo de entrega/recepción del poder, y cómo su grupo en específico intentará mantenerse al frente del control interno del partido, y quién pudiera tomar esa responsabilidad en la idea misma de proteger incluso una transición pactada y una falta de juicio político a su desempeño, tal y como quizás paradójicamente se haya guiado incluso por los mismos motivos que el ex presidente Fox, quien por su parte le recriminó que el gobierno calderonista desdibujó sus logros e hizo regresar el país a la pobreza.

Al colocarse nuevamente en la oposición, dentro del PAN será importante observar la pugna interna por el control de su liderazgo, la cual será similar o quizás más intensa a la vivida en 2009, por cuanto la dirección sería llamada a cuentas. La exigencia de un debate programático que haga tomar nivel y conciencia a los panistas sin duda ser importante para reencontrar la esencia y alcances generales de su proyecto.

Al quedarse como una candidata atrapada entre dos fuerzas que trataron de controlar su campaña y conforme se ha dado la evolución de la misma, Josefina Vázquez Mota quizás pudiera salir a la palestra como el sustento de un nuevo centro de gravedad para los restos del calderonismo e incluso del foxismo, el cual tampoco saldrá bien evaluado en este proceso de ajuste y casi diríamos de necesaria “refundación” a la que deberá someterse dicho partido. La reciente Asamblea Nacional Extraordinaria, diseñada para “democratizar” y romper con los círculos burocráticos al abrir los procesos de selección de dirigentes a la votación directa de las bases implica uno de los rasgos más significativos del giro que ha tomado el PAN durante su proceso interno y en su expresión legislativa.

Un primer escenario es que pese a perder la elección, el actual liderazgo nacional de Gustavo Madero ha tratado de retener su puesto hasta el término de su mandato, mismo que está fijado hasta finales del año 2013, e incluso terminó por destituir como coordinador parlamentario senatorial a Ernesto Cordero, desatando así una abierta pugna por el control partidario más allá de las implicaciones propias dentro de dicha cámara legislativa. De manera similar a lo acontecido al PRI, se está teniendo a producir un fenómeno donde los gobernadores de los estados intentan convertirse en los referentes reales de peso en la toma de decisiones, cuestión ya expresada durante los trabajos de la Asamblea Nacional Extraordinaria 2013. Curiosamente, un PAN regionalizado y descentralizado (aunque con riesgo a la pulverización del mismo) sería quizás un mejor escenario de futuro que intentar la continuación de la perspectiva burocrática combinada con el viejo elitismo tradicional de las familias fundadoras del partido, lo cual seguiría reproduciendo las pugnas entre los diversos sectores del partido, tanto por el control como por la orientación del mismo.

La presión resultará clara en cuanto a tratar de expurgar al PAN de toda traza de foxismo, u bien que el calderonismo y sus herederos lograsen sobrevivir a la presión de los sectores regionalistas, quienes a su vez también podrían aliarse con los restos de la corriente foxista, pese al apoyo que terminaron por ofrecer al PRI en la elección presidencial de 2012 e ir directamente por el mando de la organización. La otra ruta que puede darse es la presencia de una suerte de revolución desde abajo o desde afuera a partir de la aparición de líderes nuevos que pretendieran presentarse como los renovadores del mismo.

La pelea por el control del partido muestra un proceso bipolar creciente y que en mucho limita las capacidades que el PAN podría haber expresado de manera más puntual de haber proseguido con la política de alianzas electorales con el PRD, o bien tener una postura más estratégica en todo lo relativo al desarrollo del Pacto por México. Los resultados que los grupos parlamentarios del PAN han obtenido en el tiempo reciente han generado que el PAN haya terminado por apoyar algunas de las reformas emitidas durante el primer año de gestión del presidente Peña Nieto, pero esto no es garantía alguna que ello sea un referente unificador o que se hayan superado las contradicciones grupales internas. Por el contrario, la expectativa de la renovación de la dirigencia nacional y las condiciones mismas de su participación dentro de las votaciones y el procesamiento de las iniciativas de gobierno, no muestran que el PAN se ha reducido en sus capacidades discursivas, a la par que podría decirse que ha perdido una cantidad significativa de militantes, no sólo como producto de la revisión misma del padrón de militantes, sino que además hay una evidente desconexión entre el partido, sus militantes y las bases ciudadanas que anteriormente veían una mayor

capacidad de respuesta a sus demandas, especialmente en los espacios de clase media. La lucha interna ha terminado por generar dos partidos al interior y que los lleva a un proceso potencial de ruptura que incluso requiera la intervención de las propias autoridades electorales para así poner algo de orden en este proceso abierto de lucha, como ya ha ocurrido con el problema del control del grupo senatorial y los reglamentos operantes al interior del mismo.

De mantenerse en esta tesitura, la producción legislativa del PAN en el marco de las LXII y LXIII legislaturas corren el riesgo de verse acotadas y poco respaldadas por un trabajo sólido de argumentación, mismo que fuera producto de una coordinación entre las agendas de los grupos partidarios en ambas cámaras, y éstas a su vez vinculadas con la dirección y el liderazgo nacional del partido. Sin duda, esto implica el principal desafío no sólo para acabar con la bipolaridad legislativa, sino la consecuente lucha entre facciones por el control mismo de la organización panista.

Bibliografía.

-Alarcón Olguín, Víctor (2010): “El PAN en 2007-2008. Conflictos y reacomodos”, en Javier Santiago Castillo y Manuel Larrosa Haro (coords.); Elecciones y Partidos Políticos en México, 2008. México, UAM-Iztapalapa, pp.161-174.

----- (2011): “El PAN en 2009. O cómo intentar construir una mayoría parlamentaria intermedia y morir en el intento” en Esperanza Palma (coord.); Partidos y elecciones intermedias de 2009. Problemas para al construcción de mecanismos de representación y participación en México. México, Miguel Ángel Porrúa / UAM-Cuajimalpa, pp. 15-37

-Alarcón Olguín, Víctor y Granados Aguilar, Erika (2008): “El PAN en 2006. ¿Conservar el poder sin perder al partido?”, en Manuel Larrosa Haro, Víctor Alarcón Olguín y Pablo Javier Becerra (coords.): Elecciones y Partidos Políticos en México, 2006. México, UAM-Iztapalapa, pp.165-202

-Ard, Michael (2003): An Eternal Struggle. How the National Action Party Transformed Mexican Politics, Westport, Preager Publishers, 228 pp.

-Hernández Vicencio, Tania: (2009): Tras las huellas de la derecha. El Partido Acción Nacional, 1939-2000. México, Itaca, 231 pp.

-Loaeza, Soledad (2010): Acción Nacional. El apetito y las responsabilidades del triunfo. México, El Colegio de México, 308 pp.

-Mizrahi, Yemile (2003): From Martyrdom to Power. The Partido Acción Nacional in Mexico. Notre Dame, The University of Notre Dame Press, 211 pp.

-Paoli Bolio, Francisco José (2012): “PAN. Una década de gobiernos panistas”, en Hugo Sánchez Gudiño y Gonzalo Farrera Bravo (coords.): Partidos Políticos y Sucesión

Presidencial en México 2012. México, Miguel Ángel Porrúa / FES-Aragón UNAM, pp. 27-53.

-Reynoso, Diego (2011): La estrategia dominante. Alianzas electorales en los estados mexicanos, 1988-2011, Buenos Aires, Teseo / FLACSO-Argentina, 298 pp.

-Reynoso, Víctor (2012): “La plataforma panista. ¿Ahora sí?”, en Este País, México, n.254, (junio), pp.8-11

-Shirk, David A. (2005): Mexico's New Politics. The PAN and Democratic Change, Boulder, Lynn Rienner Publishers, 278 pp.

-Starr, Pamela K. (2012): “Calderón y los grandes retos heredados de México”, en Letras Libres, México, n.161 (mayo), pp.30-34

-Veledíaz, Juan (2012): La debacle del PAN. Josefina Vázquez Mota, la candidata de la ruptura. México, Temas de hoy, 151 pp.

-Whitehead, Lawrence (2011): “El sistema presidencial mexicano en perspectiva comparada”, en Revista Latinoamericana de Política Comparada, V.5 (julio), pp.11-28.